

MEI
II, vol. 1

María Moliner y las bibliotecas públicas: un compromiso con la democracia republicana y la difusión de la cultura

Ana Martínez Rus

Universidad Complutense de Madrid

Resumen

En este artículo se estudia la trayectoria profesional de la bibliotecaria María Moliner, incidiendo en el período republicano, donde realizó su trabajo más original y fructífero desde el Patronato de Misiones Pedagógicas en Valencia, culminando con la elaboración del *Plan de organización general de Bibliotecas del Estado* en 1938, aunque nunca pudo ponerse en práctica por la retrógrada política del franquismo. El período republicano supuso un punto de inflexión en la valoración social del libro y la lectura porque se pasó de la lectura popular a la lectura pública. Esta transformación se plasmó en la política bibliotecaria del régimen democrático, en las estrategias editoriales y en la actitud del público hacia estas iniciativas. La socialización del libro y la lectura se abordó desde distintos ámbitos: por un lado las políticas estatales, a través de las bibliotecas escolares y municipales, destinadas fundamentalmente al medio agrario. Asimismo María Moliner durante la guerra civil alcanzó las máximas responsabilidades en materia bibliotecaria. Por esta actuación fue represaliada por la dictadura y consagró sus energías hacia la redacción del magno *Diccionario del uso del español*.

Palabras clave

María Moliner; Política bibliotecaria; Patronato de Misiones Pedagógicas; Segunda República; Guerra Civil, España.

Abstract

This article looks at Maria Moliner's career as a librarian, with particular attention to the Republican period, when she did her most original and fruitful work at the Patronato de Misiones Pedagógicas in Valencia. This period culminated in her drawing up the General Organization of National Libraries Plan in 1938, although it was never put into practice owing to the Franco régime's retrograde library policy. The Republican period was a turning point in the value that society placed on books and reading, as popular reading became public reading. This transformation acquired a definite form in the Republican government's library policy, in the publishing houses' strategies, and in the attitude of the general public towards these initiatives. The socialization of books and reading was approached from a number of directions: public policy, through school and council libraries, mainly targeted at the rural world. During the Civil War, María Moliner was entrusted with top-level responsibilities in library matters. As a result, she suffered reprisals at the hands of the dictatorship and devoted her energies to the great dictionary for which she is best known, the *Diccionario de uso del español*.

Keywords

María Moliner, library policy, Board of Educational Missions, Second Republic, Civil War.

María Moliner encarna la política bibliotecaria republicana junto con profesionales otros como Juan Vicéns de la Llave, Teresa de Andrés Zamora o Carmen Caamaño. Todos ellos representan la defensa de la lectura pública, el afán de divulgar el libro por todo el país, incluidas las olvidadas y atrasadas zonas rurales. María Moliner participó activamente en la política oficial del libro en todos los niveles. Como inspectora de Misiones Pedagógicas en Valencia visitando las bibliotecas en numerosos pueblos para resolver las dudas de los profesionales y los problemas políticos que generaban estos establecimientos rurales. En guerra llegó a ser la máxima responsable en materia bibliotecaria como directora de la Oficina de Adquisición de Libros y Cambio Internacional.

El Estado republicano se ocupó de la dotación, organización y expansión de las bibliotecas públicas. Estos establecimientos se convirtieron en centros de formación permanente como apoyo y complemento a la escuela laica, pública y gratuita. El libro pasó a ser un instrumento fundamental en el proceso de culturización popular desarrollado por el régimen democrático. La República fue un proyecto cultural con señas de identidad propias que incorporó la cultura en claves sociales y de derechos políticos. Con la democracia republicana se superó el concepto restringido de biblioteca popular por el de biblioteca pública abierta a todos los ciudadanos. Las bibliotecas destinadas a las clases populares, que carecían de medios económicos para acceder al libro, fueron sustituidas por bibliotecas públicas al servicio de toda la sociedad. El libro se socializó gracias a la extensión de las bibliotecas públicas, sobre todo en las zonas agrarias. Al mismo tiempo muchos de estos libros contribuyeron a la difusión de los valores republicanos y democráticos. La política bibliotecaria se articuló alrededor del Patronato de Misiones Pedagógicas y de la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros para bibliotecas públicas. Las bibliotecas del Patronato formaron parte de la acción de extensión cultural desarrollada por Misiones en el campo. La Junta de Intercambio era un organismo específico en materia bibliotecaria, encargado de modernizar el patrimonio bibliográfico nacional y de la dotación y expansión de las bibliotecas del Estado¹.

MARÍA MOLINER Y LAS BIBLIOTECAS DE MISIONES PEDAGÓGICAS

María Moliner Ruiz nació en 1900 en Paniza (Zaragoza) y estudió en Madrid en la Institución Libre de Enseñanza. En 1921 finalizó la licenciatura de Filosofía y Letras, rama de Historia, en la Universidad de Zaragoza. Al año siguiente ingresó por oposición en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Su primer destino fue el Archivo de Simancas hasta 1924, fecha en que se trasladó al Archivo Provincial de Hacienda de Murcia, y en 1929 al de Valencia. En esta ciudad participó como profesora de Gramática en la Escuela Cossío, fundada en 1930 siguiendo el modelo educativo institucionista. En Murcia conoció al catedrático de Universidad de Ciencias Físicas, Fernando Ramón, con quien se casó en 1925 y tuvo cuatro hijos. En 1931 al constituirse el Patronato de Misiones Pedagógicas formó parte de la Delegación valenciana, junto a José Navarro y Angelina Carnicer, donde se consagró a la creación de pequeñas bibliotecas rurales².

María Moliner, delegada de Misiones Pedagógicas en Valencia, organizó en 1935 una red de bibliotecas con las 115 colecciones entregadas por el Patronato a distintos

pueblos de la región valenciana³. De este modo se creó un sistema de biblioteca distributiva para resolver el problema de la lectura en el campo, siguiendo el ejemplo de la Biblioteca circulante de Castropol y de las bibliotecas populares de Cataluña. La biblioteca central coordinaba y unificaba todos los servicios evitando la multiplicación de esfuerzos en localidades próximas. El objetivo central de este proyecto era hacer llegar el libro desde la biblioteca central a los lugares más pequeños y apartados a través de las sucursales, de las estaciones que carecían de fondo de libros propios, o de agentes que contactaban directamente con el aldeano.

La biblioteca general controlaría continuamente y de manera personal a las sucursales, y además ejercería como Escuela de Bibliotecarios rurales, con biblioteca infantil y con una sección especial de obras de pedagogía. De ahí el nombre de Biblioteca-Escuela, instalada en la Escuela de Artesanos de la capital valenciana, donde los alumnos de la Escuela Normal de Maestros realizarían prácticas y aprenderían la técnica bibliotecaria, ya que los maestros y maestras eran los responsables de estas bibliotecas. Asimismo acompañarían a la bibliotecaria en los viajes de inspección para comprender el valor de la biblioteca y su utilidad en el medio campesino. Y por último la central funcionaría como biblioteca pública con un fondo de 400 volúmenes, manteniendo un préstamo semanal de 130 a 140 obras durante el primer año de trabajo. Así pues la Biblioteca-escuela realizó las funciones de central y red de bibliotecas rurales, de escuela de bibliotecarios, y de biblioteca popular en la ciudad de Valencia.

En la memoria de la labor realizada en el curso 1935-36 María Moliner destacó que la biblioteca general envió lotes renovables de libros a las bibliotecas filiales, desarrolló una inspección regular, y mantuvo la correspondencia necesaria para lograr el pleno rendimiento de las mismas⁴. En relación con la escuela de bibliotecarios preparó y acondicionó los locales donde impartir en el próximo año los cursos para formar a los futuros encargados de estas bibliotecas, principalmente maestros, enseñando principios básicos de biblioteconomía y, sobre todo, la manera de lograr el buen funcionamiento de una biblioteca en sus relaciones con el público, tanto adulto como infantil. La demora en el comienzo de los cursos de la escuela se debió al escaso personal con que contaba esta organización.

Sólo disponían de una bibliotecaria del Estado, la propia María Moliner, que aparte desempeñaba su obligación oficial en el Archivo de la Delegación de Hacienda de Valencia. Otra empleada que a la vez realizaba los papeles de auxiliar de la biblioteca central y de mecanógrafa, y que era la única remunerada, un alumno de Magisterio que había participado en todas las inspecciones, y un mozo que con una pequeña gratificación llevaba y traía paquetes, aparte del chófer. Además la copiosa correspondencia que generaba la red de bibliotecas había impedido que la organización se extendiera con mayor rapidez y se ampliara a las provincias de Cuenca y Teruel, como se pretendía en principio. Acerca de la red de bibliotecas rurales comentó las visitas que realizó a todas las bibliotecas de la región para inspeccionar su funcionamiento y así mejorar los servicios prestados a la población.

Finalizó la memoria explicando un plan a desarrollar si se disponía de los medios y el personal necesario. Este proyecto consistía en una organización basada en la colaboración del Estado, la provincia y el municipio. Se crearía una gran biblioteca central en Valencia capital con sucursales en los barrios, bibliotecas intermedias en las ciudades de cierta importancia y pequeñas bibliotecas rurales en todas las localidades de la provincia. El Estado podría contribuir con los libros y el personal facultativo de la biblioteca central y también, a través de la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros y el Patronato de Misiones Pedagógicas con las bibliotecas municipales instaladas en grandes poblaciones y las pequeñas bibliotecas de los pueblos. La Diputación provincial por sí misma o mediante el contrato con los ayuntamientos respectivos, contribuiría con el local y el personal de las bibliotecas intermedias. Y la corporación municipal de Valencia se encargaría de los edificios de la biblioteca central y de las de barrio así como de los sueldos de los encargados de estas últimas. El personal bibliotecario no perteneciente al Cuerpo Facultativo podría formarse en la Escuela de bibliotecarios, sostenida ya por el Patronato de Misiones, y que la Diputación y el Ayuntamiento también podrían subvencionar.

Esta organización constituiría una red de bibliotecas que facilitaría la lectura a todos los rincones de la provincia, y ofrecería la ventaja de que todo su contenido podía realizarse con los organismos ya existentes, sin necesidad de solicitar ningún recurso extraordinario. Todo este sistema supondría una ampliación de la red hasta ahora desarrollada, incorporando además las bibliotecas municipales, que podrían sustituir a la biblioteca central en algunas funciones cerca de los pueblos próximos a ellas. Si se descartaba la colaboración asignada a la provincia y al ayuntamiento valenciano, el Estado debía encargarse exclusivamente de una gran biblioteca central y a la vez escuela de bibliotecarios, aparte de un importante número de bibliotecas municipales y pequeñas bibliotecas rurales. Esta organización bibliotecaria diseñada para la región valenciana y la experiencia acumulada en el desarrollo de la red de bibliotecas rurales impulsaron a esta bibliotecaria a la redacción en plena guerra civil del Proyecto de bases de un plan de organización general de bibliotecas del Estado, de mayor envergadura y ampliado a todo el país, que analizaremos más adelante.

LA MARCHA DE LAS BIBLIOTECAS: LA EXPERIENCIA DE LAS VISITAS DE INSPECCIÓN

Anteriormente a las visitas, María Moliner envió un cuestionario a cada una de las bibliotecas rurales el 31 de marzo de 1936 sobre la situación y marcha de la biblioteca. Las preguntas, aparte de interesarse por el movimiento de la biblioteca, también hacían referencia a la vida rural de los pueblos, atendiendo a los cultivos, a la propiedad de la tierra, y al clima, en relación con la disponibilidad de los vecinos para acudir a la biblioteca⁵. Desde noviembre de 1935, con anterioridad al envío del cuestionario, y durante todo el año 1936, María Moliner recorrió los pueblos valencianos de la red bibliotecaria rural para impulsar la actividad de las bibliotecas, tanto de Misiones como las municipales, y ayudar a los responsables en su funcionamiento. Realizó dos tipos de visitas, las primeras y más numerosas consistían en la inspección del local y en entrevistas con los maestros-encargados y con las autoridades locales para comprobar la marcha de las bibliotecas in situ.

Las segundas más completas eran las llamadas jornadas bibliotecarias que incluían la visita de varios pueblos próximos en uno o dos días, manteniendo sesiones de cine y música así como reuniones públicas con los vecinos acerca de la utilidad y servicios de la biblioteca. Además se les explicaba los beneficios de la red de bibliotecas rurales, que permitía disponer de 400 volúmenes nuevos en pequeños lotes renovables que se prestaban temporalmente. En este sentido se les entregaba el catálogo de la biblioteca central para que eligieran los títulos en los siguientes pedidos. E incluso en los últimos recorridos también se incluía el primer lote de libros prestado, realizando lecturas en común de algunos títulos⁶.

Igualmente realizaba la pertinente visita a cada establecimiento y charlaba con los responsables de cada biblioteca sobre el desarrollo, las necesidades y los problemas de las mismas. Además nombró entre la gente de los pueblos a los colaboradores de la biblioteca para que ayudaran al bibliotecario oficial y como incentivo para impulsar el movimiento de la misma. En algunos casos, las circunstancias obligaron a sacar las bibliotecas de las escuelas, lugar habitual donde estaban depositadas, e instalarlas en otro sitio. De hecho, debido a la impresión general que le habían proporcionado los viajes, reconocía que la escuela no siempre era el lugar adecuado para la biblioteca, ni el maestro el bibliotecario celoso y eficaz que sería de desear. Y añadía que no había tomado la medida de separar la biblioteca de la escuela en más ocasiones ante la esperanza de que los colaboradores resolverían los inconvenientes, y para no molestar a los docentes ya que la cooperación era imprescindible y necesaria entre la obra de Misiones y los organismos de primera enseñanza.

A continuación analizamos la práctica de las distintas jornadas bibliotecarias, organizadas por Moliner, así como la actitud y respuesta de los pueblos, y sus repercusiones. En la segunda jornada, ya que carecemos de la información acerca de la primera, el itinerario comprendía los pueblos de Bellús, Alfarrasí, Beniadjar, Bafol de Salem y Salem. En Bellús, a pesar del requerimiento de la maestra, la visita resultó decepcionante porque no había nada preparado y la sesión se redujo a los niños de la escuela mixta y a algunas mujeres. En Alfarrasí el maestro se resistió a organizar la reunión con el conjunto de los vecinos y en un local diferente a la escuela, pero finalmente gracias a la colaboración del alcalde la sesión se celebró en otro local más amplio y acudió la totalidad del pueblo. De hecho en palabras de la propia Moliner fue una de las más completas donde los vecinos mostraron más entusiasmo. Parecía que el público no acudía a la biblioteca por encontrarse en casa del maestro y debido al carácter retraído del mismo. Por este motivo con ayuda del médico y de otro vecino se trasladó la biblioteca a otro edificio muy frecuentado por la gente del pueblo porque existía un salón de espectáculos.

En Beniadjar no hubo recibimiento a la delegada porque la maestra se había marchado del pueblo y el maestro se había ido a pescar. Lograron encontrar al maestro para visitar la biblioteca y reunir a los habitantes, y reprochó la falta de interés de ambos docentes. Sin embargo en Bafol de Salem les esperaban todos los chicos con gran ilusión por la llegada de las películas, ya que en ninguna de estas localidades existía cine. Pero, María Moliner mandó llamar a los adultos para explicar la finalidad y el funcionamiento de la biblioteca. Y reconoció haber descubierto un filón con las

madres de familia porque demostraban un mayor interés que los hombres por las cuestiones culturales y pensaba recurrir a ellas en adelante como las auxiliares más eficaces de las bibliotecas. En Salem el maestro había realizado todos los preparativos para la reunión con los vecinos, incluidos la corporación municipal y el consejo local de enseñanza.

En el tercer itinerario la inspectora con la ayuda de tres alumnos de magisterio visitaron las localidades de Guadasuar, Riola, Fortaleny y Cullera. En principio solamente iban a realizar reunión en Fortaleny por ser el único pueblo pequeño ya que los otros superaban los 2.000 habitantes. Pero finalmente tuvieron sesión en Guadasuar y Riola, una interesante reunión en Cullera y fueron mal recibidos en Fortaleny. En Guadasuar las pasiones políticas estaban muy encrespadas en relación con la vida de la biblioteca debido al traslado a un edificio más céntrico y asequible para el vecindario, según relató el médico y presidente del consejo local. Pero en el centro elegido, propiedad del ayuntamiento, había un santo instalado y aunque la corporación había solicitado a las autoridades eclesiásticas que lo retiraran, la cuestión se había convertido en una pugna entre las derechas que defendían el mantenimiento del santo, y las izquierdas que abogaban por la instalación de la biblioteca. La inspectora aconsejó que dejaran pasar un tiempo para que se calmara la situación antes de hacer el traslado violentamente porque influiría muy negativamente en la biblioteca, alejando a buena parte del pueblo. Al final tuvieron una sesión escolar solamente con los niños al no acudir personas mayores, que se encontraban alterados en la calle por el entierro de un líder derechista muy estimado en la localidad al que sus amigos pretendía enterrar con cruz y el ayuntamiento no lo permitía, y por el supuesto traslado de la biblioteca, que había congregado frente al edificio en donde el ayuntamiento pretendía instalarla a "esforzados paladines derechistas" dispuestos a impedir dicha mudanza, que según unos rumores era el propósito de la visita de la inspección.

Ambos hechos, sobre todo el primero, provocó la presencia de numerosos guardias de asalto venidos desde Valencia para controlar los ánimos exaltados. En este sentido Moliner destacó que de la colección de cuadros para decoración escolar enviados por Misiones Pedagógicas, únicamente quedaban a salvo uno de tema no religioso y el que trataba el sueño de Jacob porque el resto los rompió el pueblo a pedradas el día de las elecciones por la derrota de las derechas. Prueba de lo encrespado de la situación política y social del pueblo eran las palabras del presidente del consejo local ante la recomendación de la inspectora de aplazar el cambio de local de la biblioteca: "-Ca, hombre a esta gente hay que tratarla a palos. Hay que hacer las cosas por la fuerza y que las traguen quieras que no. Si andamos con contemplaciones no haremos nada". Y la inspectora ante lo visto acababa el informe señalando que a lo mejor este hombre tenía razón.

Muy distinta era la situación en Riola, donde tanto las autoridades como la gente mostraron un extraordinario interés por las cuestiones de cultura. A la reunión acudieron en masa todos los habitantes que vieron las películas, escucharon las lecturas, la música y las explicaciones de la bibliotecaria en medio de un silencio admirable, mostrando al final una gran satisfacción. De hecho al terminar la sesión un

grupo de muchachos y muchachas de la localidad, en nombre de la juventud del pueblo, les entregaron un ramo de flores con geranios, claveles y hierbabuena, atado con un pañuelo rojo, y el ayuntamiento les invitó a comer. La biblioteca municipal funcionaba admirablemente con un promedio de 30 lectores diarios y unos 500 préstamos mensuales. Por este motivo consideraba que había de concederles el incremento de libros solicitado. Como la municipal absorbía casi el total de lectores, la biblioteca de Misiones apenas era utilizada fuera de la escuela.

Esta circunstancia permitió a la inspectora probar un sistema de coordinación, nombrando al bibliotecario municipal encargado adjunto de la biblioteca de la escuela y de acuerdo con el maestro trasladar en concepto de depósito y mediante recibo los libros infantiles de la municipal a la biblioteca escolar, y los libros para adultos que había en la colección de Misiones a la biblioteca municipal. De este modo quedaban reunidos todas las obras en una sola biblioteca con una sección infantil instalada en la escuela, sin merma ni transformación de ninguna biblioteca ya que la entrega por una y otra parte se hacía de manera temporal y como ensayo, y en ningún caso los respectivos bibliotecarios perdían su autoridad sobre los libros que entregaban al otro. La experiencia resultó tan gratificante para la inspectora que consideraba este pueblo como el modelo a seguir por el resto.

Pero, en Fortaleny, a 200 kilómetros de Riola, la situación era totalmente diferente y la única explicación que encontraba María Moliner era que, aunque ambos términos eran igualmente ricos, en la población de Riola predominaban los jornaleros ya que los propietarios vivían en Sueca, y éstos valoraban la acción cultural de la biblioteca frente a la acomodada clase propietaria que controlaba la vida de Fortaleny y no mostraba ningún apego a la biblioteca. A pesar de conocer la llegada de la delegada del Patronato de Misiones Pedagógicas, no prepararon el local ni se lo habían comunicado a la población, pero la gente que acudió se comportó de manera grosera e incorrecta, sin parar de fumar. Además el presidente del consejo local les solicitó la documentación pertinente porque no le parecía suficiente el lote de libros que llevaban a cambio de nada como acreditación, y la carta anunciando la visita de la inspección no estaba escrita en papel timbrado por haberla redactado la festividad del 1º de mayo.

Para estos casos la delegada llevaba un oficio del Rector de Valencia, que ordenaba a todas las autoridades que facilitasen la labor de la inspección del Patronato de Misiones, ya que Moliner era consciente de que esta deficiencia bastaría para encontrar dificultades y rechazo en algunos municipios contrarios a la labor y significado de las bibliotecas. En Cullera la biblioteca de Misiones estaba incluida en la municipal, que nada tenía que ver con las creadas por la Junta de Intercambio, y era un "cacicato del secretario del ayuntamiento" en lugar de una biblioteca pública abierta a todos. La vocal madre de familia fue nombrada bibliotecaria adjunta, debido a su interés y energía para impulsar la actividad de la biblioteca, y animó a las autoridades a solicitar una colección a la Junta de Intercambio.

En la cuarta jornada bibliotecaria recorrieron los pueblos de Simat de Valldigna,

Bárig, Luchente y Pinet. Sólo pudieron proyectar cine en Bárig ya que en Pinet todavía no tenían fluido eléctrico y en los otros sólo había luz por la noche. En Simat la reunión se celebró con la asistencia del alcalde socialista al que entregó un folleto sobre las bibliotecas municipales ya que estaba francamente interesado en solicitar una para este pueblo. En Bárig la gente asistente a la sesión manifestó su alegría por las ventajas de disponer de toda clase de libros a través de la biblioteca. En Luchente el alcalde no acudió a la reunión, debido a la presencia de mujeres muy religiosas y adeptas a la ideología conservadora del maestro, a pesar de los avisos repetidos y del conocido interés de éste por pedir una biblioteca municipal. Por este mismo motivo otros muchos vecinos no acudieron, ya que unos muchachos entraron pero al poco tiempo salieron y se quejaron ante el chófer de esta expedición "que allí sólo se trataban cosas de beatas y que el maestro era un carca".

En Pinet todo el pueblo esperaba frente a la escuela la llegada de la delegación del Patronato de Misiones, incluso las mujeres para no perder tiempo seguían de pie trabajando en las trenzas de palma con que confeccionaban los cestos que constituían la artesanía típica de esta zona. No se pudo proyectar el cine a pesar de los intentos de utilizar la batería del coche, pero la sesión con música y lecturas resultó muy positiva, en palabras de la propia Moliner, por la atención y alegría de los asistentes. Igualmente la gente se agolpó en la casa del carpintero para ver los libros ya que allí se abrió y quedó instalado el lote de obras. "¡Lástima de fotografía en este momento!".

Durante la visita la inspectora abordó la instalación de la biblioteca ya que la colección de libros se encontraba guardada en un cajón y depositada en casa del anterior alcalde. El maestro, el consejo local, el nuevo alcalde socialista y demás personas del ayuntamiento propusieron la casa abadía como centro para la biblioteca ya que estaba deshabitada al no haber párroco entonces en el pueblo. Pero debido a la experiencia de politización de la biblioteca en otros pueblos, María Moliner advirtió que no era recomendable el lugar elegido porque podía molestar a las derechas en estos momentos de apasionadas diferencias ideológicas por considerar esa instalación como una usurpación de un edificio eclesiástico por las izquierdas. Por este motivo y porque los vecinos no sabían a ciencia cierta si el mencionado local pertenecía al arzobispado o al ayuntamiento, finalmente la biblioteca se instaló en la casa del carpintero que fue nombrado colaborador de la biblioteca y además como significado derechista podía agrupar en torno a la biblioteca a lectores en principio recelosos de la iniciativa gubernamental. Era conveniente para la buena marcha de las bibliotecas la participación de personas de todas las tendencias políticas.

El quinto itinerario abarcó las localidades de Requena, El Pontón, Campo Arcis y Casas de Eufemia. En Requena la inspectora animó a las autoridades y a la población a solicitar una biblioteca municipal a la Junta de Intercambio ya que la que existía en el Instituto era muy deficiente. En palabras de un joven, que fue nombrado colaborador de la biblioteca de Misiones, afirmaba que ésta tenía más de 3.000 volúmenes pero muy mal seleccionadas y con grandes carencias como las obras de Dostoyevski. En la aldea de El Pontón los libros estaban forrados y cuidados, y tenían registradas 17 lecturas entre niños y adultos durante el año en curso. Un inconveniente para el desarrollo de la biblioteca era la dispersión de la población.

La inspectora no se pudo reunir con los vecinos porque, después de varios días de lluvia, los campesinos se habían ido a sulfatar las viñas para evitar que fuesen devoradas por el milden, ya que la principal riqueza de la comarca era el vino. En otra aldea perteneciente a Requena como Campo Arcís no se pudieron comprobar las lecturas realizadas porque el maestro encargado no utilizaba los talonarios debido a la familiaridad de los lectores. Según su experiencia en los meses de invierno se prestaba unos 20 libros al mes pero, desde abril hasta octubre, meses de trabajo en las viñas, la biblioteca quedaba paralizada. Pero, según el médico, el mayor enemigo de la biblioteca era el propio maestro que se negaba a dejar ciertas obras. En Casas de Eufemia a lo largo de 1936 se habían registrado 93 lecturas de niños y 20 de adultos. A pesar de la dedicación del maestro a la escuela, la biblioteca estaba más abandonada sobre todo en cuanto a la escasa participación de los hombres y mujeres de la localidad.

El sexto recorrido comprendió las poblaciones de Gandía, Real de Gandía y Palma de Gandía. Cada vez era más difícil celebrar reuniones con el público a medida que se intensificaban las faenas agrícolas. Según María Moliner en Gandía la reunión resultó muy agradable y fructífera porque el alcalde y los asistentes prestaron gran atención a todas las explicaciones, y prometieron solicitar una biblioteca municipal. Debido al buen ambiente se proyectaron las películas "Misiones" y "Museo" del Patronato, llegando a interesarles tanto lo que vieron, que pensaron en formar ellos una subdelegación de Misiones para visitar los pueblos próximos de la zona. En Real de Gandía el maestro no colaboró en la organización previa de la sesión.

Ante esta situación la inspectora avisó de la visita a la población mediante los chicos de la escuela y el alguacil. Al final se reunió con un grupo de doce personas y nombró a los habituales colaboradores entre los presentes y otros que no lo estaban. Refiriéndose a uno de ellos, el maestro comentó: "Ya ve: éste es de los más aficionados, sin embargo, se pasa las horas muertas delante del armario y sin decidirse por ningún libro porque le gustan los de aventuras". Entonces la inspectora le hizo una demostración práctica de cómo él podía ayudar a ese lector en la elección de las obras.

El maestro de Palma de Gandía era el mejor de los que había conocido hasta entonces y gracias a su iniciativa la biblioteca había tenido una intensa actividad. María Moliner informó también a las autoridades de la posibilidad de pedir una biblioteca municipal a lo que el alcalde respondió: "yo no sé, yo no sé de eso...", y el gestor municipal afirmaba igualmente: "yo creo que eso no interesará porque sabe usted aquí no tenemos tiempo para leer..". Ante esta actitud la delegada intentó estimular al alcalde y al gestor, que eran comunistas, afirmando que difícilmente se haría ninguna revolución con gente ignorante, que además no querían salir de su analfabetismo e incultura. El maestro comunicó a la inspectora que muchos vecinos eran reacios a acudir a la biblioteca para no molestar al párroco que dirigía otra donde se cobraban 10 céntimos por cada libro prestado.

Asimismo recorrió otros pueblos como Beniopa, donde no pudo visitar la biblioteca porque estaba instalada en la clase del maestro encargado, que se había ausentado al

no recibir la carta de la inspección de la biblioteca, según señalaron sus compañeros. La biblioteca funcionaba bien pero, únicamente era utilizada por los escolares. A la sesión tan sólo acudieron seis adultos que nunca habían acudido a la biblioteca ni mostraban ganas de leer, ni interés alguno por el asunto. Ante esta situación no nombró a ningún colaborador de la biblioteca y los maestros asistentes, conscientes de la importancia de la circulación de los lotes de libros renovables, acordaron proponer conjuntamente con el responsable de la biblioteca a los colaboradores entre otros vecinos.

En Ador el maestro les recibió con gran desatención y mostró su despreocupación por la marcha de la biblioteca ya que en el talonario había muy pocas lecturas registradas, 11 de adultos y 15 de niños, según su criterio debido a la escasez de libros, y a que ya se habían leído todos. Además de esta afirmación falsa, en un tono destemplado señaló que era necesario más libros, pero no en forma de lotes circulantes renovables porque ni el Ayuntamiento ni él estaban dispuestos a satisfacer el importe de la devolución. Tampoco el presidente del consejo local mostró el más mínimo interés y ante la ausencia del alcalde, sólo respondieron a la reunión los niños. Moliner consideró que había que volver a este pueblo y preparar la visita por otro contacto que no fuese el maestro.

Sin embargo en Oliva la biblioteca marchaba de manera admirable para escolares y adultos. La maestra señaló que tenía más movimiento de lectores que la biblioteca municipal, en el transcurso de 1936 había registradas cien lecturas de adultos, y los niños se llevaban unas 50 obras diarias a sus casas, a pesar del 90% del analfabetismo de la localidad. Contaba con 500 volúmenes gracias a las cuotas voluntarias de la asociación de amigos de la biblioteca, aunque los libros estaban a disposición de todo el mundo absolutamente gratis. La inspectora acordó con la maestra que, una vez la municipal alcanzase la actividad debida, la de Misiones se convertiría en la biblioteca escolar e infantil al igual que en Gandía.

La encargada consultó los nuevos títulos que podían adquirirse con los fondos de la asociación, y si podían utilizar el servicio de encuadernación de Misiones, abonando el importe incluso para obras adquiridas por ellos. También visitaron la biblioteca municipal, situada en unas habitaciones del ayuntamiento sin cartel y para acceder a ella había que atravesar una sala con una cama. A pesar de las deficiencias de la instalación y del servicio se habían efectuado 510 lecturas en lo que iba de año, de ellas la gran mayoría se habían realizado a partir de marzo, fecha en que se había hecho cargo el nuevo bibliotecario más entusiasta y eficiente. En Piles existían dos bibliotecas, una en la escuela de niños y otra en la de niñas. La maestra de la escuela femenina aseguró que la biblioteca sólo era utilizada por las niñas, aunque poco porque los libros no eran muy adecuados. Al explicarle que la biblioteca no era exclusivamente escolar, sino para todo el pueblo, la maestra respondió que de haberlo sabido no la habría solicitado. En la biblioteca de la escuela masculina el maestro solicitaba a través de una junta formada por niños 5 ó 10 céntimos a cada lector por sacar un libro en préstamo. Además no supo explicar como actuaba para que los niños no recibieran libros de mayores. Ante la actitud de ambos docentes la inspectora acudió al ayuntamiento y al consejo local, que decidieron juntar las dos bibliotecas,

trasladarlas al local de la junta de sanidad, canjear los libros repetidos, y dejar los infantiles en la escuela de niños, para que siguiera administrándolos la junta infantil pero con intervención del maestro.

Las visitas de inspección más sencillas sin reunión con los vecinos ni sesiones de cine y música comprendieron todas las bibliotecas rurales creadas por Misiones Pedagógicas en la región. Comenzaron en noviembre de 1935 en los grupos escolares de Valencia capital y de localidades próximas. Algunas bibliotecas funcionaban bien como la de la escuela de niñas Concepción Arenal, donde el préstamo se había intensificado no sólo a las escolares sino también a sus familiares, aunque la costumbre de dar a las niñas libros de adultos para que los leyesen sus mayores planteaba no pocas dificultades. Pero en el Grupo Serrano Morales el estado de los libros era desastroso, estaban apilados encima de una mesa sin utilizar por los niños, y por ello la delegada había amenazado al maestro con retirar la biblioteca del centro. La situación era parecida en el sanatorio de la Malvarrosa, donde faltaban 25 libros del lote inicial aunque el director afirmaba "que deben estar por allá arriba", y el resto de volúmenes estaban en otro pabellón alejado de los enfermos.

Por el contrario en Quart de Poblet el maestro encargado contribuía al desarrollo de la biblioteca con iniciativas como la Sociedad de Amigos del Niño, además tenía en proyecto juntar la colección de libros de Misiones con los libros que poseía el Ayuntamiento e instalarla en un lugar más céntrico para coordinar la labor cultural. En este sentido destacaba el sistema de cooperación en la adquisición y disfrute del material escolar en este pueblo al juntar la consignación de las siete escuelas para comprar atlas o mapas que por separado no podrían tener y que disfrutaban por turnos. A pesar de los esfuerzos de los maestros por captar lectores en el pueblo de Torrente, los vecinos boicoteaban la biblioteca por encontrarse en la escuela considerada como laica y republicana.

La biblioteca instalada en la escuela de niños Blasco Ibáñez de Paterna era de las que mejor funcionaba ya que además el maestro había incorporado libros de otras procedencias como del ayuntamiento alcanzando los 700 volúmenes. En diciembre de 1935 acudió a Benimamet, donde el matrimonio de maestros llevaba la biblioteca con mucho cuidado e ilusión, el hombre estaba encantado con la eficacia del fichero a pesar de que muchos de sus compañeros docentes no estaban familiarizados con un mecanismo tan útil y sorprendente. Habían ampliado el fondo con donativos de libros y con las aportaciones en metálico voluntarias de los lectores. La inspectora en su visita insistió en advertir que los donativos debían ser completamente voluntarios para evitar que nadie pensase que era preciso pagar para tener derecho a leer los libros. En la biblioteca de Moncada el maestro entregaba a los niños cualquier libro que le solicitaban sin distinción, ni ocuparse de si era para ellos o para sus familiares, al igual que en la escuela de niñas de Paterna.

La inspectora en ambos casos recomendó separar las lecturas infantiles de las de adultos siguiendo la división hecha por el Patronato al entregar la colección, así como asegurarse del destinatario de las obras en caso de solicitar alguna obra no adecuada a los niños. En la biblioteca de Albal todo olía a rancio, un maestro viejo se encargaba

de cobrar por cada libro que prestaba 10 céntimos ya que "si no lo hiciera la gente pediría libros por pedir y eso da mucho trabajo", aunque desde 1933, fecha de concesión de la biblioteca, sólo se habían registrado 24 lecturas de adultos.

Según María Moliner el maestro de Rocafort la recibió con hostilidad, pidiéndole su acreditación, y reconociendo que no prestaba los libros porque "sería un lío y que los libros se destrozaban o desaparecerían, y el consejo local, que es el consignatario de la biblioteca no querrá responsabilidades". Pero la inspectora le aseguró que no tendría ningún problema de responsabilidad y que iniciara sin miedo el servicio de préstamo y la renovación de lotes de libros.

Aunque en las primeras visitas Moliner no dejaba el catálogo de la Biblioteca-Escuela hasta no asegurarse de una correcta actividad de la biblioteca, a partir de la visita a la escuela de niños de Rocafort en febrero de 1936 decidió dejar a todas el catálogo para incorporarlas en el envío de lotes renovables en un intento de estimular la vida de la biblioteca, y para evitar que perdiesen la comunicación con la delegación del Patronato y que volvieran al estado de abandono después de la visita. En Liria el maestro viejo no tenía ni idea de que hacer con la biblioteca, en Benisano la biblioteca era un secreto para al mayoría de los vecinos ya que estaba en un armario del Ayuntamiento que pocos conocían, además el secretario afirmó que no prestaba libros porque "de esos libros él quemaría la mitad", y se opuso al nombramiento de un colaborador porque leía "obras de Tolstoy y de otros rusos". En Puebla de Vallbona el encargado de la biblioteca se negó a nombrar un colaborador porque quería seguir sólo al frente de ella, a pesar de que la inspectora le indicaba que se encargaría únicamente de tareas subalternas como buscar algún libro que tardase en ser devuelto o hacer y deshacer paquetes. Muchos directores de bibliotecas consideraban estos centros cotos privados de ellos, por este motivo Moliner afirmaba que "cada vez me convenzo más de la necesidad de que una persona del pueblo sirva de enlace de este con la biblioteca y salve las irregularidades que en la vida de ésta producen los cambios y ausencias de los maestros".

En Meliana la biblioteca se encontraba en una escuela muy sucia, cuyo olor y manchas de la escalerilla para acceder a la clase de las niñas provocaban náuseas. La dirección recaía indistintamente en los cuatro maestros, a los que la inspectora explicó el nuevo régimen al que iba quedar sometida la biblioteca y que tenían a su disposición una biblioteca de Pedagogía de obras modernas, pero los maestros masculinos mostraron cierta hostilidad, incluso uno se pasó toda la reunión leyendo el periódico y al entregarle el catálogo de las obras que podían elegir para formar los lotes de libros renovables afirmó al señalar la obra Como enseña Gertrudis a sus hijos con una sonrisa desdeñosa: "Mira... una obra poco conocida... yo no la he leído todavía". Las maestras más jóvenes parecían más dispuestas a colaborar con la biblioteca y con las nuevas normas de la delegación. En Alfara del Patriarca la maestra de niñas desconocía la existencia de biblioteca alguna y el maestro tenía idea de que en el ayuntamiento existían unos libros que posiblemente perteneciesen a las Misiones Pedagógicas. Efectivamente la biblioteca se encontraba allí intacta y el secretario se dirigió a la delegada de muy mala gana ya que el alcalde se encontraba en Valencia.

A pesar de haber sido solicitada por el mismo alcalde que estaba en el cargo desde el advenimiento de la República, estaba paralizado el proyecto de construir estanterías para instalar los libros. Finalmente Moliner se entrevistó con el alcalde por la tarde y consiguió de él la promesa de que se agilizaría esta cuestión y que los libros pasarían de inmediato a manos de la maestra para que pusiera en marcha la biblioteca. En Paiporta la biblioteca se encontraba en la escuela de niñas porque, aunque inicialmente fue concedida a la de niños, debido a la humedad y la mejor disposición de la maestra fue trasladada allí. Hasta entonces apenas había tenido lectores adultos por lo que la delegada recomendó hacer propaganda en las clases de mayores sobre la existencia y utilidad de la biblioteca. En marzo de 1936 María Moliner volvió a visitar Benetuser para ver como marchaba el préstamo de libros del lote renovable ya concedido, y aunque comprobó que algunos estaban repartidos entre familiares y amistades del maestro en Valencia le consideraba un buen colaborador de la biblioteca. Tan sólo le advirtió que esas personas podían acudir a la Biblioteca-Escuela de la capital a solicitar libros con facilidad en vez de sacar los libros del pueblo, donde tenían más dificultades para acceder a esas lecturas.

En general según la impresión de María Moliner los bibliotecarios adjuntos nombrados entre los habitantes de los pueblos actuaron con mucha ilusión y como eficaces colaboradores de la biblioteca, supliendo en muchas ocasiones las carencias de los encargados y maestros. Se preocuparon de impulsar la vida de la biblioteca y de implicar al resto de los vecinos en la lectura.

En el informe de inspección de las bibliotecas de Misiones Pedagógicas María Moliner señalaba que muchas bibliotecas eran sólo utilizadas por los escolares y los encargados no seleccionaban las lecturas infantiles. Esto significaba que la mayoría del vecindario ignoraba la existencia de la biblioteca o no la utilizaban. Por otra parte resultaba un inconveniente para el desarrollo de las bibliotecas que los encargados no fuesen nombrados nominalmente, sino por el cargo que ostentaban, el maestro en la mayoría de los casos, o bien el secretario del ayuntamiento. La vida de la biblioteca estaba supeditada a los cambios de maestro o a los cambios políticos. "Pasa con grandísima frecuencia que bibliotecas que han tenido una vida activa mientras se ha ocupado de ellas el maestro que las pidió, decaen y llegan casi a quedar olvidadas por los lectores adultos al marcharse aquel y venir otro. O bien que, pedidas por un ayuntamiento bien dispuesto, quedan secuestradas e inmovilizadas cuando a aquel sustituye otro de tendencia política contraria".

El carácter mixto de estas bibliotecas que funcionaban como escolares y como públicas planteaba algunas dificultades, ya que muchos encargados entregaban cualquier libro a los niños de las escuelas sin atender a la distinción de lecturas infantiles que llevaban unos ejemplares y otros no. Consideraban que como la biblioteca estaba instalada en la escuela todos los libros eran aptos para los escolares, olvidándose del carácter público de las mismas. Aunque en otros casos la entrega inadecuada de libros a menores respondía a peticiones de adultos realizadas a través de los niños de su familia ya que éstos acudían todos los días a la escuela y por tanto tenían acceso a la biblioteca. Otro inconveniente que provocaba la duplicidad de funciones era que en muchos pueblos los vecinos desconocían la existencia de la

biblioteca porque el maestro la utilizaba exclusivamente para su labor profesional.

Para resolver este problema María Moliner proponía crear tres tipos de bibliotecas: escolares, rurales-infantiles y mixtas, así como insistir en el carácter público de la biblioteca, colocando un gran cartel para conocimiento de todos los interesados. Destacaba que las mejores bibliotecas eran aquellas donde existían asociaciones de lectores que contribuían con una cuota insignificante. Aunque este sistema podía hacer pensar a la gente que había que pagar para hacer uso de la biblioteca, los resultados obtenidos habían sido muy positivos por la inversión en libros. Y por último este informe insistía en la necesidad de realizar un reglamento. En este sentido destaca la documentación referida a un Reglamento de las Bibliotecas del Patronato de Misiones Pedagógicas, que encontramos a continuación sin fecha, pero probablemente también corresponda al año 1936. Este reglamento regularizaba el funcionamiento y clasificaba las bibliotecas en tres clases: escolares, mixtas y rurales.

Las primeras eran las que se enviaban a las escuelas mediante solicitud de los maestros informada por la Inspección de primera enseñanza. Las mixtas también se mandaban a las escuelas, pero la instancia debía ir firmada aparte del maestro por dos vecinos del pueblo. Y las rurales podían ser solicitadas por dos o más vecinos de la localidad, pero además tenía que contar con el visto bueno del alcalde y del presidente del Consejo local de primera enseñanza. En todos los casos la persona solicitante se comprometía a encargarse del servicio de la biblioteca, aunque le ayudarían los firmantes de la solicitud en calidad de colaboradores. Las bibliotecas eran entregadas en concepto de depósito, conservando siempre el Patronato sobre ellas el derecho de inspección y el de recogida en caso de que la biblioteca no cumpliera debidamente los fines asignados. Las bibliotecas escolares y mixtas quedaban vinculadas a las escuelas, independientemente de los cambios de maestros. Las rurales se remitían al nombre de los solicitantes, independientemente del cargo que ostentaban y seguirían bajo la responsabilidad de los mismos mientras ellos permaneciesen en la localidad y no renunciasen, o bien el ayuntamiento y Consejo local, de acuerdo con el Patronato, o éste solo, estimasen conveniente un cambio de encargado. Esta tipología de bibliotecas se mantendrá en la guerra civil, aunque las bibliotecas de Misiones pasaron a depender de la Oficina de Adquisición y Distribución de Libros desde abril de 1937.

Sobre la importancia del papel de los encargados de las bibliotecas María Moliner publicó en 1937, *Instrucciones para el servicio de pequeñas bibliotecas*, para ayudar a los que no eran bibliotecarios profesionales. Estas indicaciones sencillas, claras y básicas se referían a la instalación y acondicionamiento (mobiliario, decoración, iluminación) del local, al registro de los libros, a la catalogación y ordenamiento de las obras por materias siguiendo la Clasificación Decimal Universal, y al servicio al público. En el prólogo se dirigía a los bibliotecarios rurales, inexpertos pero con voluntad, destacando la importancia de su labor para lograr un buen funcionamiento de las bibliotecas y desarrollar una intensa actividad cultural en cada pueblo. Les anima en su labor para que inciten al público a leer como medio de instrucción y de emancipación social:

"El bibliotecario, para poner entusiasmo en su tarea, necesita creer en estas dos cosas: en la capacidad de mejoramiento espiritual de la gente a quien va a servir y en la eficacia de su propia misión para contribuir a ese mejoramiento. No será buen bibliotecario el individuo que recibe invariablemente al forastero con palabras que tenemos grabadas en el cerebro, a fuerza de oírlas, los que con una misión cultural hemos visitado pueblos españoles: "Mire usted: en este pueblo son muy cerriles; usted hábleles de ir al baile, al fútbol o al cine, pero ... ¡A la biblioteca!". No, amigos bibliotecarios, no. En vuestro pueblo la gente no es más cerril que en otros pueblos de España ni que en otros pueblos del mundo. Probad a hablarles de cultura y veréis cómo sus ojos se abren y sus cabezas se mueven en un gesto de asentamiento, y cómo invariablemente responden: ¡Eso es lo que nos hace falta: cultura!. Ellos presienten, en efecto, que es cultura lo que necesitan, que sin ella no hay posibilidad de liberación efectiva, que sólo ella ha de dotarles de impulso suficiente para incorporarse a la marcha fatal del progreso humano sin riesgo de ser revolcados; sienten también que la cultura que a ellos les está negada es un privilegio más que confiere a ciertas gentes sin ninguna superioridad intrínseca sobre ellos, a veces con un valor moral nulo, una superioridad efectiva en estimación de la sociedad, en posición económica, etc. Y se revuelven contra esto que vagamente comprenden pidiendo cultura, cultura. Pero, claro, si se les pregunta qué es concretamente lo que quieren decir con eso, no saben explicarlo. Y no saben tampoco que el camino de la cultura es áspero, sobre todo cuando para emprenderlo hay que romper con una tradición de abandono conservada por generaciones y generaciones. Tú, bibliotecario, sí debes saberlo, y debes comprenderles y disculparles y ayudarles. No es extraño que una biblioteca recibida con gran entusiasmo quede al poco tiempo abandonada si se confía a su propia suerte (...), y ahí radica precisamente tu misión: en conocer los recursos de tu biblioteca y las cualidades de tus lectores de modo que aciertes a poner en sus manos el libro cuya lectura les absorba hasta el punto de hacerles olvidarse de acudir a otra distracción.

La segunda cosa en que necesita creer el bibliotecario es en la eficacia de su propia misión. Para valorarla, pensad tan sólo en lo que sería nuestra España si en todas las ciudades, en todos los pueblos en las aldeas más humildes, hombres y mujeres dedicasen los ratos no ocupados por sus tareas vitales a leer, a asomarse al mundo material y al mundo inmenso del espíritu por esas ventanas maravillosas que son los libros. ¡Tantas son las consecuencias que se adivinan si una tal situación llegase a ser realidad, que no es posible ni empezar a enunciarlas...!"⁷.

GUERRA, MÁXIMAS RESPONSABILIDADES Y DEPURACIÓN

El desarrollo bibliotecario aunque se vio alterado por la guerra civil no se paralizó en el campo republicano. De hecho el libro se convirtió en el símbolo de la España democrática y defensora de la cultura que luchaba en los frentes con el fusil. La cultura se identificó con los valores que representaba la República como democracia, libertad o civilización frente a la barbarie fascista. Además el libro ayudaba a superar la soledad, la convalecencia en un hospital, y a evadirse de la cruda realidad de la batalla. El Ministerio de Instrucción suprimió mediante Decreto de 5 de agosto de 1936 la Junta Facultativa de Archivos, Bibliotecas y Museos, su consejo asesor, y las

inspecciones técnicas, y nombró en su lugar a una Comisión Gestora del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, presidida por Tomás Navarro Tomás. Por Decreto de 16 de febrero y Orden de 19 de abril de 1937, fue creado el Consejo Central de Archivos, Bibliotecas y Tesoro Artístico, y a su Sección de Bibliotecas le correspondió todo lo relacionado con la organización de las bibliotecas del Estado. Dicha Sección fue dirigida por Tomás Navarro Tomás, que también era secretario de la subsección de Bibliotecas Históricas, mientras que Benito Sánchez Alonso era de la subsección de Bibliotecas Científicas, María Moliner de las Bibliotecas Escolares, Juan Vicéns de la Llave de la de Bibliotecas Generales, y Teresa Andrés Zamora de Fomento Bibliotecario, que en marzo de 1937 pasó a denominarse de Extensión Bibliotecaria⁸. La Oficina de Adquisición y Distribución de libros, creada en abril de 1937, asumió las funciones de la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros y del Patronato de Misiones Pedagógicas en cuestiones bibliotecarias.

La Oficina de Adquisición de Libros y Cambio Internacional, instalada en Madrid, fue trasladada a Valencia por ser esta ciudad nudo de comunicaciones fundamental para las tres zonas centro, levante-sur y catalana, en que quedó dividida la España republicana. Por Orden de 1 de junio de 1937 María Moliner fue encargada con carácter transitorio de la Dirección de la Oficina de Intercambio y Adquisición de Libros en Valencia. Anteriormente fue llamada por el rector, José Álvarez Puche, en calidad de esposa de un compañero ya que su marido era catedrático de Físicas, para gestionar la Biblioteca Universitaria de Valencia en septiembre de 1936, debido a la expulsión de los funcionarios y a la realización de obras en el edificio. La Biblioteca Universitaria estaba compuesta por la Biblioteca General de la Universidad, el Archivo Universitario, y las Bibliotecas de las Facultades de Derecho, Ciencias, Filosofía y Letras y Medicina. Además por su carácter de biblioteca provincial tenía a su cargo las Bibliotecas Populares de la Casa Vestuario, la de la Escuela de Trabajo (Biblioteca-Escuela de la red de bibliotecas de Misiones), y la del Instituto de secundaria Luis Vives. Debido a este puesto de responsabilidad cuando el Ministerio de Instrucción se instaló en los edificios universitarios de Valencia, solicitó sus servicios para ponerse al frente de la Oficina.

Resultado de su experiencia bibliotecaria en 1939 publicó el *Proyecto de Bases de un Plan de organización general de Bibliotecas del Estado*, donde trazaba un sistema bibliotecario nacional moderno y coordinado⁹. No por casualidad esta bibliotecaria había organizado anteriormente la red de bibliotecas rurales de Valencia, y después había pasado al Consejo Central de Archivos y Bibliotecas, coordinando la Oficina de Adquisición y Distribución de Libros y Cambio Internacional, el equipo de catalogadores y la Oficina de Inspección y Propaganda. Este *Proyecto de bases de un Plan de Organización General de Bibliotecas del Estado* se convirtió en el primer plan nacional de bibliotecas públicas moderno y racional del país²⁰. Clasificaba las bibliotecas públicas en *Bibliotecas Generales*, que se debían coordinar y jerarquizar a través de los siguientes organismos bibliotecarios:

- a) Bibliotecas provinciales con Escuelas de Bibliotecarios adjuntas.
- b) Bibliotecas comarcales en las localidades más importantes de cada provincia.
- c) Bibliotecas municipales en los Ayuntamientos de más de 1.000 habitantes, incluso

en las capitales de provincia en donde podrán instalarse una o más según su importancia, además de la provincial.

- d) Bibliotecas rurales.
- e) Depósitos renovables.
- f) Corresponsales.

Asimismo distinguía Bibliotecas Escolares, Bibliotecas Científicas, Bibliotecas Históricas, Bibliotecas Administrativas, Bibliotecas Especiales y Bibliotecas Particulares. Para ordenar todos estos centros estableció diferentes órganos centrales y de enlace que debían permitir que todo lector en cualquier lugar consiguiese el libro que le interesase. El objetivo primordial de este sistema bibliotecario interrelacionado y organizado territorialmente era facilitar la lectura pública, acercar todos los libros a los usuarios:

- 1) Sección de Bibliotecas del Consejo Central de Archivos, Bibliotecas y Tesoro Artístico.
- 2) Oficina de Adquisición del Libros y Cambio Internacional.
- 3) Equipo de catalogadores.
- 4) Depósito de Libros.
- 5) Oficina del Catálogo General.
- 6) Oficina de Información Bibliográfica.
- 7) Escuela Nacional de Bibliotecarios.
- 8) Oficina de Información Biblioteconómica.
- 9) Biblioteca Nacional.
- 10) Oficina de Inspección y Propaganda.
- 11) Cuerpo General de Bibliotecarios.
- 12) Servicio Central de Desinfección.

Este plan pretendía "que no exista en el territorio nacional lugar ni aun casa aislada en el campo que no pueda disponer de libros en cantidad proporcionada a su importancia.

Todavía más: como las necesidades espirituales de un individuo no guardan necesariamente relación con el número de habitantes del lugar de su residencia, y el contenido de una biblioteca no es un género uniforme tal que a menos consumidores baste con menos cantidad de género, sino que su parquedad limita las posibilidades de cada lector, hay que aspirar, como ideal, a una organización tal que permita que cualquier lector en cualquier lugar pueda obtener cualquier libro que le interese". Lamentablemente este Plan nunca se puso en marcha, las razones es de todos conocida. La retrógrada política franquista ignoró este proyecto, ya que difícilmente podía adaptarse a un régimen dictatorial que quemaba publicaciones, depuraba bibliotecas, prohibía la circulación de innumerables obras y censuraba libros.

Después del conflicto bélico María Moliner como tantos otros profesionales fue represaliada por su implicación en el proyecto bibliotecario y cultural republicano¹⁰. Entre los cargos figuraban los puestos de responsabilidad que tuvo: Jefe de la Biblioteca Universitaria de Valencia, Directora de la Junta de Intercambio y

Adquisición de Libros en esa misma ciudad, Delegada del Consejo Central de Archivos y de la Dirección de Bellas Artes, Jefe del Archivo de la Delegación de Hacienda de Valencia y encargada de cursillos para la preparación de bibliotecarios: “Tal absorción de cargos confirma los dichos de muchos testigos que la consideran izquierdista y afecta al régimen rojo y persona de confianza de la máxima dirigente Teresa de Andrés; ¿y cómo si no hubiera sido titular de tan numerosos cargos?. No faltan, sin embargo, declaraciones de personas fidedignas que atestiguan buena conducta profesional y excelentes procederes con los compañeros, pero todo ello podrá servir para graduar la sanción que proceda”.

Así constaba en el informe del juez-instructor el 13 de noviembre de 1939. Por otro lado pesaba la calificación de “muy leal por los dirigentes rojos”. De hecho apuntaba que sólo “seis son los funcionarios que obtuvieron este calificativo, los Sres. Giner Pantoja, Navarro Tomás, González Rodríguez, ausentes de España y cesantes, y además el Sr. Álvarez de Luna y la Srta. Martínez Bara. Esta relación es suficiente para comprender y explicar tan alto calificativo en el concepto marxista”.

Por este motivo el juez continuaba argumentando que fue nombrada directora de la Biblioteca Universitaria el 15 de septiembre de 1937, por el requerimiento del Rector para ocupar ese puesto por falta de funcionarios facultativos, pero consideraba que lo grave era “el nombramiento oficial por el gobierno comunista en 12 de septiembre de 1937 cuando en Valencia hay excesivo número de funcionarios desplazados, no diré con más aptitudes, pero sí con más experiencia en Bibliotecas”. Sobre la dirección de la Oficina de Adquisición de Libros el juez justificaba que era “otra muestra de la ilimitada confianza que los dirigentes rojos tenían en la Sra. Moliner.

En Valencia estaban ya funcionarios que habían pertenecido a esa Oficina con mayor práctica profesional y técnica”. Asimismo es calificada como “simpatizantes con los rojos y roja”, según atestiguaban varios funcionarios declarantes: Emilio González Díaz de Celis, Florentino Zamora Luque, Felipe Mateu Llopis, Federico Navarro Franco, Gonzalo Ortiz Montalbán, Eduardo Ponce de León (Delegado de Información e Investigación en el SPE/Falange), Abelardo Palanca Pons, Rafael Raga, Amadeo Tortajada, Manuel Pérez Búa, Pedro Longás, Cuadra, Bordonau, Morcuende, y Oliveros.

Finalmente concluía que, a pesar de “la buena intención que animó a la Sra. Moliner en aquel periodo, de plena confianza con los dirigentes rojos, de la que no abusó ni en perjuicio del servicio, ni de los funcionarios en situación inestable; sus antecedentes de mujer y madre honorable y digna que el que suscribe se complace en reconocer; la falta de intención de causar daño con las ideas que positivamente profesaba, aun cuando sean origen de todo lo pasado”. Por este motivo propuso al Director General de Archivos y al Ministro de Educación la aplicación de las siguientes sanciones: postergación durante 3 años e inhabilitación para el desempeño de puestos de mando o de confianza el 12 de diciembre de 1939. En 1946 fue trasladada a la Biblioteca de la Escuela de Ingenieros de Madrid, en donde permanecerá hasta su jubilación en 1970. Frustrado su proyecto y su actividad bibliotecaria, se consagró a la realización del famoso *Diccionario del uso del español* a partir de 1951, su quinto hijo como a ella le

gustaba llamarlo. Murió en Madrid en 1981, después de rechazarse su candidatura a la Real Academia de la Lengua, probablemente por su condición de mujer y su pasado de compromiso con la política cultural republicana.

Notas:

1. Sobre la política bibliotecaria republicana vid. MARTÍNEZ RUS, A., (2001), (2003), (2004) Y (2005).
2. Sobre la trayectoria personal y profesional vid. FAUS SEVILLA, P. (1990), pp. 121- 139; ORERA ORERA, L. (2001), pp. 49-62; ÁLVAREZ DE MIRANDA, P. (2006), pp. 239-250; *Educación y biblioteca*. (1998), (2010), pp. 8-9 y 11-17, pp. 43-95; y *Biblioteca en guerra*, pp. 138-139.
3. Sobre su experiencia bibliotecaria vid. MOLINER, M. (1934) y (1953)
4. En Archivo General de la Administración (AGA), Sección de Cultura, Caja nº 20053: Ministerio de Instrucción Pública. Patronato de Misiones Pedagógicas. Biblioteca-Escuela y red de bibliotecas rurales de Valencia. Memoria de la labor realizada en el curso 1935-36 con fecha del 22 de septiembre de 1936
5. Estos cuestionarios y sus respuestas también se encuentran en AGA, Sección de Cultura, Caja nº 20053
6. Vid. todas las visitas de la inspectora María Moliner a los pueblos en el AGA, Sección de Cultura, Caja nº 20052
7. En MOLINER, M., (1937), reproducción facsímil en FAUS SEVILLA, P. (1990), pp. 3-5
8. Vid. GARCIA EJARQUE, L., (1991), pp. 31-40.
9. Vid. el Plan de Bibliotecas del Estado en AGA, Sección de Cultura, Caja nº 20044, el original manuscrito y la primera impresión. También en OFICINA DE ADQUISICION DE LIBROS Y CAMBIO INTERNACIONAL (1938). Y existe una reproducción facsímil en el trabajo de FAUS SEVILLA, P. (1990), pp. 211-230, aparte de un destacado análisis en el capítulo V, pp. 106-120.
10. Vid. el Expediente de depuración y la sanción en AGA, Sección de Educación, Caja nº 6058.

Referencias bibliográficas

ÁLVAREZ DE MIRANDA, P. (2006), "Una vida entre libros y palabras: María Moliner Ruiz (1900-1981)" en F. ETIENVRE (Coord.), *Regards sur les espagnoles créatrices: XVIIIe-XXe siècle*, pp. 239-250.

Biblioteca en guerra (2005), Madrid, Biblioteca Nacional.

FAUS SEVILLA, P. (1990), *La lectura pública en España y el Plan de Bibliotecas de María Moliner*, Madrid, ANABAD.

GARCIA EJARQUE, L. (2000), *Historia de la lectura pública en España*, Gijón, Trea.

María Moliner, la memoria arrancada (1998), en *Educación y biblioteca*, 10 (86): pp. 8-17.

María Moliner, organizadora de las bibliotecas de Misiones Pedagógicas en Valencia (2010), en *Educación y Biblioteca*, 22(175), pp. 43-95.

MARTÍNEZ RUS, A. (2001), "Las bibliotecas y la lectura. De la biblioteca popular a la biblioteca popular" en J. A. MARTINEZ MARTIN (Dir.), *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 431-454.

MARTÍNEZ RUS, A. (2003), *La política del libro durante la Segunda República: socialización de la lectura*, Gijón, Trea.

MARTÍNEZ RUS, A. (2004), "La biblioteca pública, un derecho democrático (1931-1939)" en *Actas del I Congreso Internacional del Instituto de Historia del Libro y de la Lectura*, Salamanca, Fundación Germán Sánchez Ruipérez/Fundación Duques de Soria, pp. 229-244.

MARTÍNEZ RUS, A. (2005), "La lectura pública en la Segunda República" en MARTÍNEZ MARTÍN, J. A., (Ed.), *Historia de la lectura*, nº 58 de *Ayer*, Madrid, Marcial Pons, pp. 179-203.

MOLINER, M. (1937), *Instrucciones para el servicio de pequeñas bibliotecarias*, Valencia.

GARCIA EJARQUE, L. (1991), "La Sección de Bibliotecas del Consejo Central de Archivos, Bibliotecas y Tesoro Artístico y las bibliotecas públicas del Estado" en *Boletín de ANABAD*, Madrid, XLI, nº 1, pp. 31-40.

MOLINER, M. (1953), "Bibliotecas rurales y redes de bibliotecas en España", en FEDERACION INTERNACIONAL DE ASOCIACIONES DE BIBLIOTECARIOS. ASOCIACION DE BIBLIOTECARIOS Y BIBLIOGRAFOS DE ESPAÑA, *Actas y Trabajos del II Congreso Internacional de Bibliotecas y Bibliografía*, Madrid, Tomo III: Bibliotecas populares, pp. 98-105.

MOLINER, M. (1994), "Les bibliothèques des Misiones pedagogiques" en *Actes du Comité International des Bibliothèques*, 7eme session, Madrid, 28-29 mai de 1934, La Haye, 1934.

OFICINA DE ADQUISICION DE LIBROS Y CAMBIO INTERNACIONAL (1938), *Un año de trabajo en la Sección de Bibliotecas: marzo 1937- abril 1938*, Madrid, 1938.

ORERA ORERA, L. (2001), "María Moliner: sus aportaciones a la política bibliotecaria de la Segunda República" en *Boletín de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios*, 16 (62), pp. 49-62.